

Notas sobre pesca submarina

DR. L. SERRAT - PAGÉS.

I

La caza y la pesca, como actos cuya motivación es la lucha por la supervivencia, nacen juntamente con el hombre y poseen un profundo sentido biológico. Pero los motivos del cazador se pervierten, cuando la caza se practica con fines deportivos, con su gratuidad inherente.

Considero que si bien la mayoría de las actividades deportivas se justifican plenamente por sí mismas, al contribuir al desarrollo psico-físico del individuo, en el caso de la pesca submarina, el hecho de «deportivizarla» se le añade un matiz de frivolidad poco grato en principio, si tenemos en cuenta que su finalidad no es batir una marca o vencer a un contrincante, sino dar muerte a un ser vivo. En este caso un pez. Y esta oblación, muchas veces no posee otro sentido que la satisfacción del pescador. La presa, una vez cobrada pierde su importancia y sentido. Incluso a menudo se abandona... A excepción de cuando debe pesarse para clasificarse en una competición.

Creo que matar por simple diversión, deshumaniza aquel hecho primario de matar para poder sobrevivir. Quizás debería meditarse un poco sobre una serie de deportes que sacrifican seres vivos...

Pero las raíces psicológicas de la extraordinaria emoción que encierra el acto de la caza y muy en especial el de la pesca submarina, debemos buscarlas precisamente en la propia naturaleza humana, en unos atavismos que se remontan al cazador primitivo que, en la aventura de la caza y de la pesca, arriesgaba a diario su vida.

La caza ha adquirido hoy en día un tono menor —salvo en contadas excepciones— que va desde un tinte sofisticado, al de las «masacres» sistematizadas en los cotos y puestos de caza en las temporadas de paso de las aves. Además, la bala o el perdigón no nos unen a la pieza caída —con su fugaz impersonalidad—

más que con unos vínculos psíquicos de tercer orden. No ocurre así con la pesca submarina que por su dificultad y por la conexión casi de cuerpo a cuerpo que se establece entre el cazador y la presa a través del arpón, le prestan una serie de notas de excepción, en las que podríamos buscar quizás el mayor motivo de justificar la finalidad agresiva de este deporte, que se desarrolla en un clima de gran intensidad emocional y dignidad competitiva con los recursos defensivos de la presunta víctima, la cual se ampara en un ambiente hostil al pescador, y que le coloca a menudo en unas situaciones que rozan los mismos límites de nuestra capacidad de resistencia.

Quizás por estos motivos, al valorar el fin de la pesca submarina, que no es otro que la muerte del «contrario», queda éste atenuado por la personalización e individualización de la presa y por las múltiples dificultades a vencer. Si a estas consideraciones añadimos además, que el buen pescador submarino prolonga las emociones más bien primarias de la pesca, con las más civilizadas de la reunión en la mesa con amigos y familiares, para gustar del exquisito sabor del pescado, al que aprende a cocinar de las más variadas formas, entonces el placer de este deporte es completo.

II

Ya he dicho que considero este deporte, dotado de unas especiales características que lo diferencian de todos los demás. Un primer punto a desarrollar sobre estas diferencias cualitativas —en su aspecto más objetivo— es el medio ambiente en el que se practica. Es un deporte subacuático. Bajo el agua, en ocasiones a más de veinte metros de profundidad, descendemos en apnea para acudir a la cita con el pez, nues-

tra pretendida presa, que nos observa, nos esquivada y se defiende en un ambiente en el que no cabe mayor inferioridad para el pescador que la de verse obligado a subir periódicamente, a los pocos segundos de inmersión, a buscar el aire de la superficie para respirar...

Pero no se trata solamente del esfuerzo realizado durante las continuas inmersiones en apnea con todas sus consecuencias fisiológicas y psíquicas, el único factor a valorar en el hecho del buceo, ya que en el caso de la pesca submarina, este buceo es tan sólo un medio para conseguir el fin de la caza. Este *buceo intencionado*, adquiere una carga de tensiones emotivas y desgaste físico muy considerable en especial por el hecho de no prestarle una atención directa, puesto que esta se concentra en la presa que perseguimos, llegando a menudo a olvidar imprudentemente los límites de nuestras posibilidades.

Lo dicho nos conduce a comentar la importancia que adquiere en este deporte la personalidad y el psiquismo del pescador submarino. Sobre este particular hablaremos más adelante.

En último término *el pez*, la presa codiciada por el pescador, y último objetivo de este deporte. El pez, situado en su ambiente no se halla como muchos pudieran creer, tan indefenso ante las imponentes armas del cazador...

Esquemáticamente, pues, los elementos básicos de la práctica de la pesca submarina son *el mar* en su doble aspecto de superficie y fondo, *los peces* con sus diferentes características de recursos y costumbres, y *el pescador*, el hombre, con su personalidad, sus actitudes y sus facultades...

El mar. — La pesca submarina se practica generalmente en el mar ya que las aguas de lagos y ríos contienen menos variedad de peces y son por lo general más frías y turbias.

De manera insensible nos vamos habituando al mar, a sus cambios de humor, a sus corrientes, a su color. Lo más importante es perderle un poco el respeto, pero no del todo; lo justo para no sentirnos incómodos ante su grandiosidad y nuestra insignificancia. También nos habituamos a las profundidades, a sentirnos suspendidos sobre un gran fondo azul. También nos acostumbramos a las aguas turbias. En ellas es difícil pescar, pero no debe asustarnos bajar unos metros «a ciegas» hasta que de pronto vemos aparecer las grandes sombras de las rocas del fondo.

Poco a poco vamos sintiéndonos cómodos y tranquilos en el agua. Nos hemos familiarizado con el mar. Quien tema perderse en un mar agitado, o sienta una sensación de desamparo cuando pesca en solitario no llegará nunca a ser un buen pescador. Pero esto es tan sólo el

primer paso; empezamos a acomodarnos en la superficie. Desde ella debemos inspeccionar el fondo, puesto que allá abajo vive nuestra presa. Desde la superficie nos vamos adiestrando en el excitante cometido de descubrir la vida de los peces. Con el tiempo vamos aprendiendo a conocer sus costumbres, y a localizarlos, lo cual no significa que hayamos aprendido a cazarlos... Serán necesarios muchos fracasos, muchos fallos incomprensibles, hasta que lleguemos, un buen día, a cobrar una pieza importante. Entonces el veneno de la pesca se apodera definitivamente de nosotros. Subimos a la superficie sin notar la prolongada apnea, acariciando con la mirada nuestra presa, pero apretándola fuertemente para que no se nos escape. Y empezamos a creernos experimentados.

Más tarde nos daremos cuenta, si tenemos ocasión de ver cómo pescan los veteranos, que estamos todavía en el principio. En este momento comienza el verdadero aprendizaje. Es el punto en que muchos se quedan. Ni la técnica, ni la práctica son suficientes cuando faltan las condiciones naturales, innatas. Y no todos quienes llevan años esforzándose en descender a los fondos marinos para pescar, llegan a adquirir este especial instinto del cazador que intuye dónde se ha escondido la pieza, y cuál es el momento oportuno para disparar.

Los peces. — Sin intentar particularizar sobre las distintas costumbres de cada especie de la fauna marina mediterránea, creo interesante exponer cuáles son las características generales comunes a todas ellas en lo relativo a sus mecanismos de defensa frente al pescador.

La principal característica de defensa de la mayor parte de los peces es su facultad de camuflaje, su *mimetismo*, que les permite confundirse con el terreno en que se hallan, de tal forma que a menudo consiguen escapar a la vigilancia del pescador. Otro recurso, utilizado por los peces, pero en especial por los que no poseen muy desarrollada su facultad de mimetismo (sargos, doradas, etc.), es el *refugiarse* en los lugares más recónditos e insólitos. Grietas, cuevas y otras anfractuosidades del terreno en la que quedan inmóviles. Es sorprendente como peces de regular tamaño consiguen ubicarse en espacios reducidísimos haciéndose en ellos muy difíciles de descubrir, incluso cuando hemos podido localizar su escondite.

Por último, *la huida*, cuando se ven descubiertos o están en el mar libre, es el recurso lógicamente empleado por nuestras presuntas víctimas. Aquí no ocurre como en la caza con escopeta, en la que a menudo se provoca el vuelo de la pieza, para abatirla cómodamente cuando ya empieza a considerarse segura. La

fuga rapidísima del pez, no da por lo general tiempo de alcanzarlo con el arpón, cuya eficacia de tiro no pasa de los tres o cuatro metros y que dentro del agua posee una lenta capacidad de maniobra.

Una vez traspasados, los peces no se rinden fácilmente, sino que presentan una enconada resistencia. Es increíble la vitalidad que demuestra el pez ante el gran traumatismo que representa el estar atravesado por el pesado arpón. Si el pez es capturado en mar libre, entre aguas, sus esfuerzos se limitan a dar tirones en un desesperado intento de libertarse, pero cuando —y es lo más frecuente— tocamos a un pez bajo una piedra, en una grieta, en su refugio natural, éste se defiende de otro modo: aprovechando las duras espinas de sus aletas ventrales y dorsales e incluso de sus agallas, se fija en los relieves de la piedra, quedando como clavado en ella. El mero que por su tamaño y poder, es una de las presas más codiciadas, es un maestro en este sistema de defensa. Al sentirse herido, abre sus agallas, y todas sus fortísimas espinas de sus aletas, quedando sólidamente «enrocado» en su agujero. Muchas veces se hace necesario dispararle otros arpones y pasar horas de lucha para conseguir extraerlo en especial cuando sólo puede sacarse a «contrapelo», es decir por la cola, pues entonces sus espinas ofrecen toda su resistencia.

El pescador submarino, es uno de los deportistas que llevan más a sus últimas consecuencias aquella definición del deporte hecha por psicólogos: «una actividad humana llevada o practicada en agonismo». Una situación vivencial, intransferible, con riesgos aceptados de antemano, pero a descubrir y a superar en cada momento. Esta actividad deportiva conlleva asimismo una *intensa carga afectiva*, pues psicológicamente y físicamente la pesca submarina ofrece una gran cantidad de situaciones límite para la naturaleza humana, cuya superación o modo de sobrellevarlas puede servir para descubrir con claridad la personalidad global del deportista.

Toda la gama de cualidades psicológicas que reúne un deporte para ser considerado completo se suman en alto grado en la pesca submarina. La práctica de este deporte, sin embargo se presta a matizar cómo reacciona el pescador ante ellas. Así, en su aspecto de *afirmación vital*, con absoluta gratuidad de intencionalidad competitiva se da comúnmente en los pescadores que no participamos en concursos. Pero si la *competición* no se da entre equipos o personas, existe evidentemente con nuestra presa, adquiriendo la pesca un cariz altamente competitivo,

pero no de hombre a hombre sino de hombre a animal.

Competición dramática, con el ser vivo, con el ambiente anaerobio en que nos movemos, contra nuestras propias reacciones físicas y psíquicas, que en su conjunto nos sitúan en un estado de profundo agonismo. Además en el camino deportivo de constante intento de superación de las dificultades, somos nosotros mismos quienes nos fijamos los límites, no ocurriendo como en otros deportes en que los esfuerzos, las distancias y los tiempos están calculados y medidos. Aquí no hay tiempo límite, profundidad límite, ni tamaño limitado... Y es la consciente fijación de estos límites a la capacidad individual y la aceptación de los riesgos a vencer, como se califica humana y deportivamente cada pescador. También el concepto de *sociabilidad* y *espectacularidad* en este deporte son interpretadas distintamente según la personalidad de cada pescador y sus características psíquicas. Lo mismo ocurre en la valoración de este *contacto con la naturaleza*, que es intensísimo en la pesca submarina; más que un reencuentro con la naturaleza es un verdadero descubrimiento de un aspecto insólito de ella.

Decía anteriormente, que, según mi criterio, al pescador debe gustarle el pescado. Con ello amplía y prolonga el hecho de la pesca con el de la sociabilidad con la gente que lo acompaña a la mesa e incluso con el pez cobrado al que se le ofrece una satisfacción póstuma. Quien practique pues, este deporte sin este corolario (por sí mismo), reduce sus dimensiones humanas y resta sentido, precisamente por su gratuidad, al hecho de quitar la vida a un animal.

En lo relativo a la espectacularidad, conozco a muchos «llamados» pescadores submarinos, que practican este deporte a gusto, solamente cuando sus «proezas» pueden ser comentadas o admiradas por alguien. Su intencionalidad, entonces, es todavía más pobre que la del caso anterior —de matar por matar— ya que aquí se caza y mata solamente para ser admirado, aunque dentro del agua se pasen malos ratos y le repugne el simple tacto del pescado... Si en el contacto con la naturaleza, el deportista se encuentra incómodo, nervioso, inadaptado, de poco va a aprovecharle esta virtud psicológica de que nos ocupamos. Entonces se pesca como a pesar de uno mismo, como por obligación social, para impresionar a un grupo. Entonces el pescador se halla en antagonismo con esta inmensa masa de agua dentro de la cual no disfruta en absoluto, deshumanizándose la práctica de este deporte a causa de nuestra inmadurez.

En esta situación, las capacitaciones del deporte para mejorar nuestras actitudes ante la lucha por la vida, nuestro adiestramiento en la superación de las dificultades, al no estar enriquecidas y matizadas por una sana intencionalidad deportiva y humana, sin reservas y sinuoidades afectivas, se van diluyendo en el seno de nuestros egoísmos y complejos, quedando en una mera caricatura de lo que podría y debería proporcionar este deporte al enriquecimiento de nuestra personalidad.

Generalmente la pesca submarina debe practicarse en grupos de dos o tres individuos. De esta forma se añade otro factor positivo a los muchos ya mencionados: el de la *sociabilidad de grupo*. El compañero ayuda a sacar el pez que el otro ha alcanzado. También si llega el caso acudirá en su auxilio si se encuentra en situación comprometida. Los lazos sociales que se establecen en el reducido equipo de pesca submarina son muy importantes.

Voy a referirme ahora a un aspecto que considero básico en este somero recorrido por las cualidades psicológicas de la pesca submarina referidas al pescador que la practica: *La carga emocional* a que éste se ve sometido que le hace olvidar o despreciar los sobreesfuerzos y lo va conduciendo a un estado de minusvalía orgánica que podríamos clasificar como de *stres insensible*.

La tensión emotiva, en la constante alerta del pescador en busca de su objetivo, le hacen olvidar que se encuentra en una prolongada situación deficitaria. La constante deuda de oxígeno, por la prolongada y repetida apnea en ejercicio físico, etc., le van minando su resistencia, sin colocarlo bruscamente en un estado de agotamiento total. *Esta fatiga, progresiva, acumulativa*, no está controlada, medida, valorada, por nadie, por ningún preparador, por ningún médico deportivo... El agotamiento va produciéndose pues de modo progresivo y solapado. Incluso en las situaciones más extenuantes, estamos pendientes del combate con el pez sin valorar nuestra peligrosa situación fisiológica. Los mecanismos de desgaste, nuestros gestos y actividades orgánicas y psíquicas, van encaminados a un fin distinto al del que ocasiona el cansancio.

En el velocista, en el nadador, en el saltador, etc., los gestos van dirigidos exclusivamente a un fin de directa relación de causa — efecto motriz, clarísima. Pero el pescador submarino se mueve y se fatiga para conseguir un fin distinto al de sus propios movimientos, en los que la relación motriz no es tan directa. Ello es la causa de los accidentes, mortales en su mayoría, de los pescadores submarinos, que ol-

vidan su propio cansancio absorbidos por el interés de la pesca. Todo pescador se ha encontrado en situaciones comprometidas. Recuerdo una ocasión en que el providencial empujón de un compañero me libró con toda seguridad de morir ahogado entre dos aguas, al haber perdido por completo toda mi capacidad de reacción y de coordinación de movimientos, tras una prolongada inmersión en la que realicé esfuerzos muy violentos. Esta apatía, esta arreflexia, debieron ser ocasionadas por la anoxia cerebral, sumada al fuerte desgaste físico y psíquico de un trabajo violento en malas condiciones de oxigenación...

III

Unos comentarios sobre las *condiciones físicas* necesarias para practicar este deporte. En primer lugar para practicar cualquier actividad subacuática son necesarias las óptimas condiciones del *aparato cardio-respiratorio*. Es de sentido común que un individuo con procesos cardio-respiratorios agudos o crónicos no puede practicar la inmersión en ninguno de sus aspectos. También es importante que el pescador submarino cuide de las buenas condiciones de permeabilidad de las trompas de Eustaquio y de la *integridad fisiológica de sus cavidades nasofaríngeas y senos frontales y maxilares*, pues en estos espacios anatómicos en donde se dejan sentir principalmente las consecuencias de la presión. Las roturas de tímpanos por mala permeabilidad de las trompas de Eustaquio, en un simple y banal proceso catarral, están a la orden del día. También son frecuentes las lesiones más serias en oído medio e interno. Los vértigos, y especialmente las sorderas e hipoacusias, aparecen a menudo entre el gremio de pescadores submarinos. Quien escribe estas líneas, se ve agraciado desde hace cuatro años con un proceso destructivo del oído interno, que ocasiona unos acúfenos constantes, los cuales hasta el momento no han respondido a los más variados tratamientos...

En lo referente a la *capacidad pulmonar*, diré que en mi opinión no es un dato de gran significación, en la práctica del buceo no demasiado prolongado del pescador, el cual, no pretende batir récords de permanencia en apnea, sino obtener buenas piezas con la mayor comodidad posible.

Referente al *cansancio* subsiguiente a una prolongada jornada de pesca, o a la prematura sensación de falta de aire, a las pocas inmersiones, creo se deben más a factores de tensión emocional y al poco control de los movi-

mientos en el ejercicio de este deporte, que a estar relacionados con la capacidad pulmonar en sí misma. Así pues el adecuado control nervioso y emocional, es el mejor aliado para progresar en este deporte, incluso para resistir mayor tiempo bajo el agua y sobrellevar más fácilmente el cansancio.

La experiencia me ha demostrado que prolongar la apnea más de un minuto en cada bajada, por profunda que ésta sea, es desaconsejable. Cuando en casos excepcionales deba resistirse más tiempo, el pescador debería permanecer unos diez minutos en superficie, a fin de recuperarse.

IV

Acerca de la *técnica*, que es necesario poseer en la práctica de la pesca submarina, puede considerarse dividida en dos fases. *Una*, la que comprende todos los movimientos y actitudes a adoptar para realizar correctamente este deporte. *Otra*, las cualidades temperamentales e innatas del individuo, que no se aprenden y que son en definitiva las que hacen que un pescador submarino alcance éxitos notables o se quede en la mediocridad de su buena voluntad y esfuerzos, que a la corta o a la larga, no le resultarán compensatorios de sus pocos progresos.

El don natural de saber pescar, de ver al pez antes que otros, descubrirlo en lugares «fáciles» que los demás han despreciado, etc., son cualidades o facultades que no pueden conseguir los entrenamientos más constantes. Seguramente que esta facilidad para la práctica de una determinada actividad humana, es lo que hace que consciente o a veces inconscientemente, nos inclinemos vocacionalmente a la que nos resulta más fácil y agradable, a causa, precisamente de estas facultades innatas.

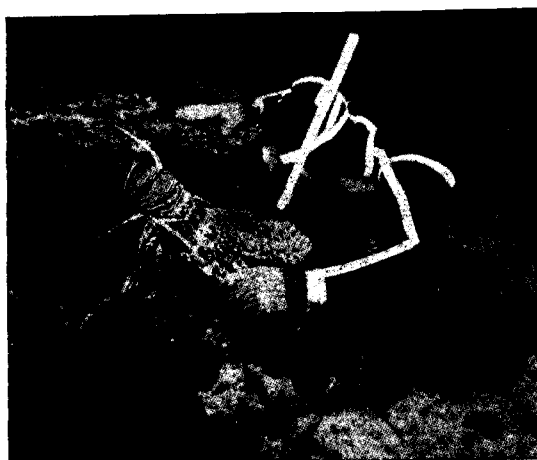
En un ensayo de esquematizar los tiempos en que se puede descomponer la pesca submarina, podrían clasificarse como sigue:

1. *Inspección del fondo desde la superficie.* — En esta primera etapa es cuando se localizan los peces, o se decide por su aspecto, cual será el terreno favorable para realizar una inmersión exploradora. En esta etapa debe hacerse un esquema mental previo de los movimientos a realizar en cada buceo. La atención debe ser completa.

2. *Buceo.* — a) *Toma de aire.* Sobre este punto existen diversas opiniones. Hay quien dice que es conveniente una inspiración forzada al máximo de la capacidad pulmonar; otros opinan que la excesiva distensión de la pared torácica ocasiona una fatiga prematura. Creo

aconsejable el siguiente método: Realizar tres o cuatro inspiraciones forzadas, seguidas de las consiguientes espiraciones también forzadas al máximo, para provocar una buena ventilación pulmonar eliminando y renovando el aire residual en lo posible y despegar los alvéolos que están inactivos. Seguidamente una buena inspiración sin forzarla demasiado.

b) *Inicio del descenso*, con un movimiento de «golpe de cintura», por el cual se adquiere impulso inicial para descender los primeros metros. Es un movimiento brusco en el que participan gran número de grupos musculares por lo que el gasto de oxígeno es notable. Comenzamos el buceo, pues, con un movimiento anti-económico. Además su relativa brusquedad pone en guardia a nuestras víctimas que nos observan.



3. *Descenso.* — Una vez iniciado el descenso con el anterior movimiento, el buceo del pescador submarino debe ser *muy parsimonioso*, con gestos lentos de las piernas y pies, que son los únicos que nos impulsarán, pues los brazos deben utilizarse para sostener el fusil y el otro permanecerá extendido hacia delante para servirnos de asidero ocasional en una roca, más abajo. La lentitud de descenso es importante por dos motivos: se economiza energía y no se asusta al pez. Si veis a un pescador submarino descender aprisa y con amplitud de gesticulación tened por seguro que es un bisoño. (Naturalmente, todo pescador irá compensado con un lastre adecuado).

Mientras se desciende se habrá ya decidido por dónde hemos de inclinar y dirigir el fusil al llegar al fondo, cómo nos asiremos a la roca para conservar al máximo la estabilidad, y a dónde dirigiremos en primer lugar nuestra mirada. Con la práctica todo este proceso adquiere mucho de automatismo, pero en realidad

muchas presas se nos escapan por habernos precipitado o no haber planeado correctamente nuestra ofensiva.



4. *Llegada y disparo.* — Al llegar al fondo generalmente habremos visto al pez, o se nos habrá ya escapado o escondido. Por lo tanto es el momento de disparar y clavar la pieza o

de observar detenidamente el agujero o la grieta para descubrirla y seguidamente intentar atravesarla. La cabeza es el punto más vulnerable de los peces, luego la columna vertebral. Claro está que nos referimos a peces grandes. Para los de mediano tamaño, hasta los cinco o seis kilogramos, cualquier parte de su anatomía es buena mientras esté bien pasado el arpón.

5. *Captura.* — El pez ya ha sido atravesado. Parece que aquí se acaba el problema. Sin embargo no es así. Cuando se halla escondido en su agujero o grieta, se defenderá del modo ya anteriormente explicado de fijarse con sus espinas a las paredes. Entonces si el pez es de tamaño considerable no conviene tirar violentamente de nuestro arpón o del hilo que lo sujeta, ya que ocasionaremos más reacción de defensa en el pez y nos exponemos también a que el arpón se desprenda, pues en la mayoría de los casos, no hemos podido apreciar la calidad y precisión de nuestro impacto. Es mejor subir a buscar otro fusil para colocar con toda comodidad un segundo arpón en buen sitio. Entonces tiramos del primero con la tranquilidad de saber que si éste se nos desprende, queda el segundo.

6. *Ascenso.* — El ascenso no ofrece particularidad digna de mención. Tanto si subimos chasqueados en nuestras intenciones como si con una captura, podemos hacerlo al ritmo que deseemos; con todo, sigue siendo desaconsejable la precipitación y los movimientos incontrolados, por el desgaste inútil de energía que comportan.

Podríamos seguir ampliando conceptos sobre éste, para mí, apasionante deporte, pero damos aquí por finalizadas estas notas, que pretenden tan sólo dar una idea general de los principios más básicos que orientan la práctica de la pesca submarina.

Ovomaltina

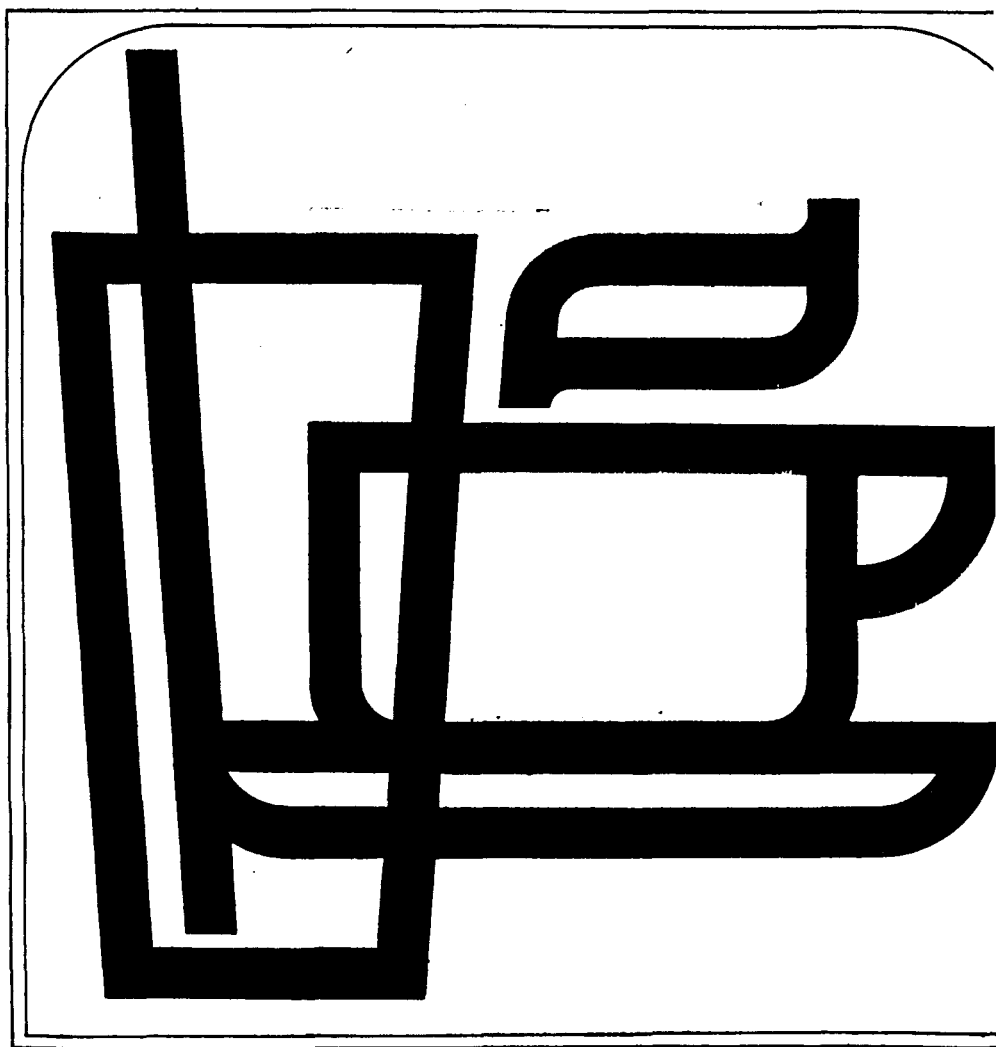
WANDER

- ★ dietético a base de malta, huevos y leche
- ★ concentrado plástico-energético y polivitamínico
- ★ excelente sabor, tolerancia y asimilación

Una alimentación bien equilibrada exige el aporte adecuado y suficiente de principios inmediatos, aminoácidos esenciales, vitaminas minerales y oligoelementos.

Ovomaltina

es un preparado nutritivo completo que por su fórmula, fácil digestión y buen paladar (aromatizado con cacao), cumplimenta las más estrictas directrices de la dietética moderna.



Ovomaltina

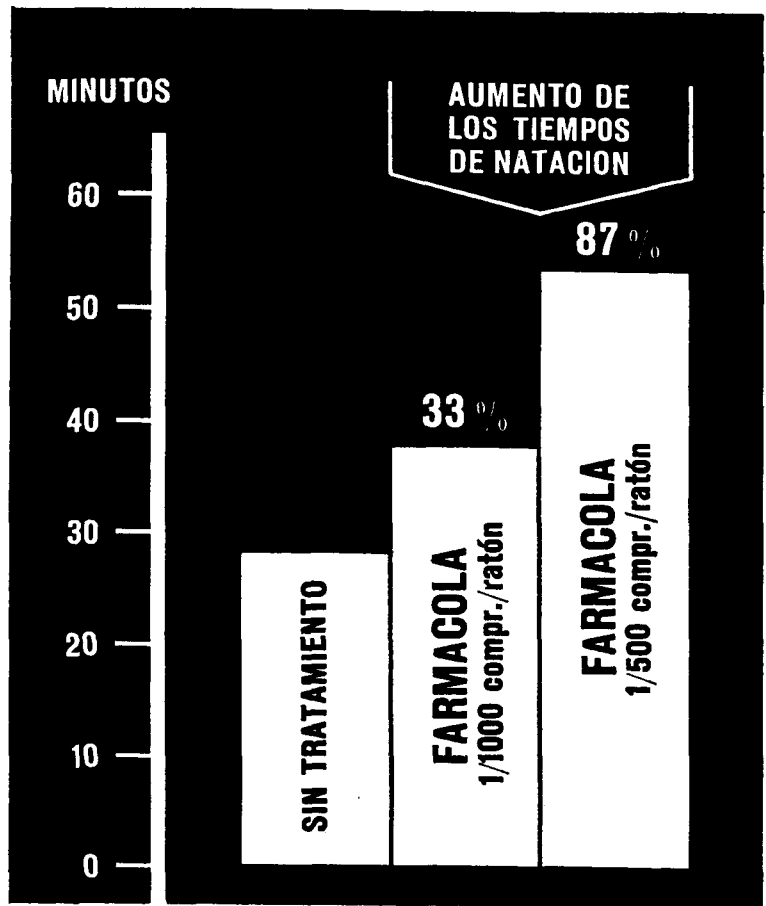
disuelta en leche caliente o fría
para el deportista, para el enfermo,
para el convaleciente...
y para el sano a cualquier edad

Farmacola

DEFATIGANTE NEURO-MUSCULAR EFERVESCENTE DE ACCION FISIOLOGICA

Prueba de resistencia a la fatiga realizada en el departamento de Farmacología del Laboratorio Dr. Andreu

Se obligó a nadar hasta fatiga total varios lotes de ratones, anotando los tiempos de natación. Al día siguiente se les administró FARMACOLA y se repitió la prueba, comprobándose una notable prolongación de los tiempos de natación.



Comprimidos efervescentes y comprimidos masticables, de agradable sabor.

Glucosa y ATP	energizantes
Acido ascórbico	desintoxicante
Aspartatos.	defatigantes
Nuez de cola y cafeína	estimulantes

Tubos de 10 comprimidos efervescentes y cajas de 15 comprimidos masticables.